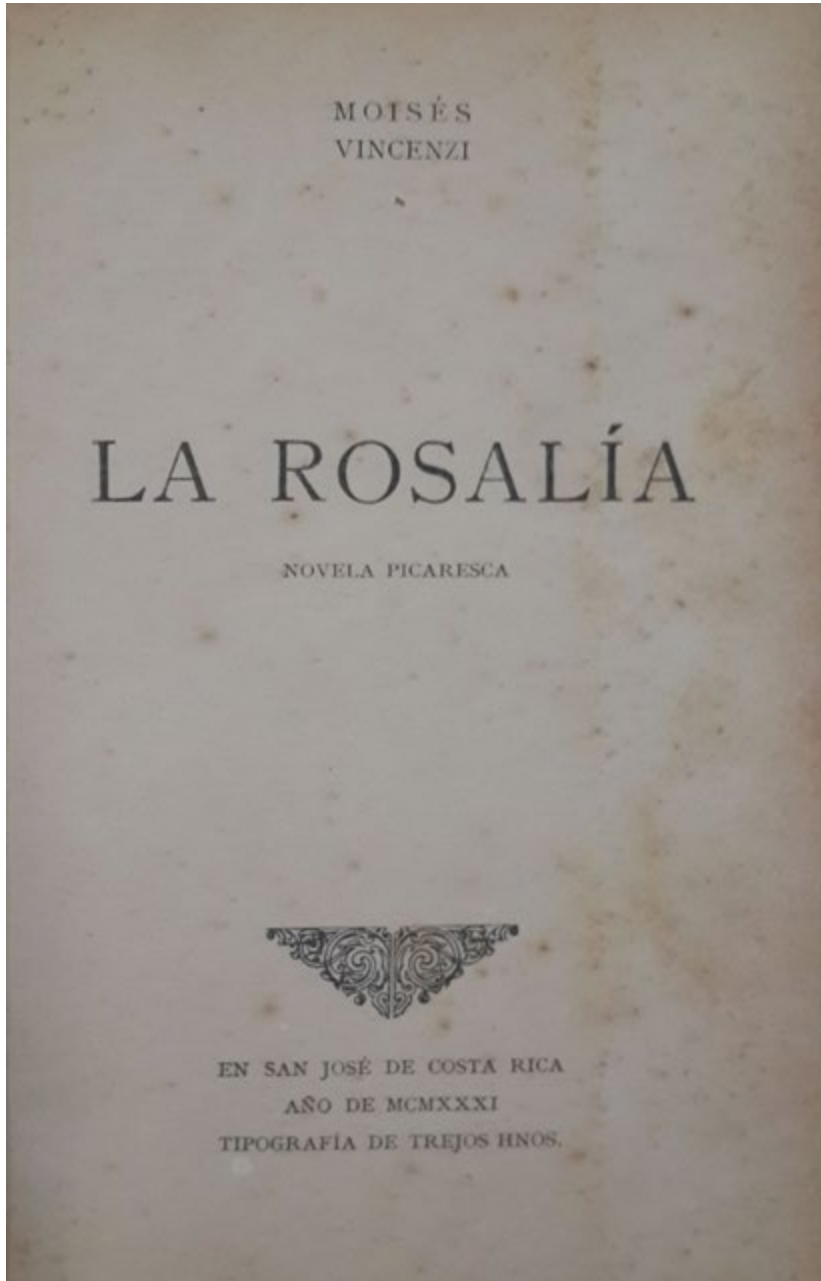


Moisés Vincenzi



He aquí una simpática narración picaresca. Se impone en ella el tipo netamente español del pícaro, de esa característica conciencia en la que se aúnan los más contradictorios aspectos.

Hay, en lo más íntimo del alma picaresca, una no conformidad con las exigencias de la propia vida. Esa no satisfacción trata de ahogar la ingénita alegría que es su verdadera naturaleza sentimental.

¿Qué hacen, entonces? Sustituyen esa estado íntimo por tendencia de más fácil aprovechamiento. Transforman, subliman esa misma angustia valiéndose de una astucia que se fortifica al través de las hambres pasadas, que son muchas y de las futuras, que no han de ser menos.

No hay, en la vida del pícaro, desesperaciones hondas. Nunca da impresión de decadencia alguna porque ha sabido y sabe buscar la alegría fuera de si mismo.

Para las gentes de la picaresca, el dolor, de cualquier especie que este sea, no es, no puede ser un mal. Se han auto sugestionado ante las contrariedades que la vida les presenta, con constancia que a otros desesperaría.

Las esperan y las provocan con la risa en los labios y con la burla en el espíritu. Porque los pícaros se creen -y, creyéndolo lo son dichosos en medio de la miseria y del infortunio en que viven. Se diría que hay, en el fondo de esas conciencias una resignación cristiana a toda prueba.

Sin embargo, comprenden lo que otros llaman salud del alma burlándose del dolor que los ataca, riéndose de él, de ellos mismos y de los demás.

No saben -su psicología especial se les veda- alentar resentimiento de ninguna clase. Esa solución del problema diario de la vida les parece cosa de muy poca, de ninguna hombría. Ya ser hombre, nadie les gana, por lo tanto, no son envidiosos del bien ajeno ni experimentan alegría ante el sufrimiento de los otros. Son capaces, y esto los honra, de sentir lo que el psicólogo ha dado en llamar alegría compartida.

Tampoco saben de eudemonismos ni de castigos ni de recompensas naturales. Las sanciones están en sus propias inteligencias, listas a ser aplicadas en forma de travesuras bien urdidas, agudezas limitadas solo por el sedimento de religiosidad que en ellos existe y que se manifiesta en una inesperada y admirable nobleza de espíritu.

Son vengadores que ríen: estoicos y cínicos a un tiempo mismo.

En los viejos tiempos, en los que el acero hacia más y mejor oficio en las espadas que en las plumas, en los aledaños de una ciudad. Buenaventura, plantan sus tiendas errabundas los duchos maestros en picardía que vienen capitaneados por El padrote, fuente inagotable de bellaquerías.

Calixto, guapo mozo, fruto de los errantes amores del Jefe, enamora a la Rosalía, delicioso retoño del alcalde don Fernando.

Mientras la sutil trama amorosa se va urdiendo, como sin querer, los gitanos se aprovechan de multitud de secretos que han dejado de serio al repetirse, de boca en boca, en venganza recíproca de unos y de otros.

En las uñas poco limpias, pero bien afiladas de la Garduña, vieja de zarpas felinas que recuerda la argucias sin par de la gerardas y de las celestinas, caen todas las virtudes- que hace tiempo han dejado de serio -de Buenaventura: los pecadillos, veniales y mortales, del insaciable Señor Cura, del travieso Señor Alcalde; del conforme Sacristán; del aprovechado Procurador de Justicia que más que justicia para los otros, procura dinero para los propios profundos bolsillos; del boticario y del barbero que no tiene empacho en coronarse, a sabiendas y recíprocamente, como cornudos magníficos; del doctor que no lo es sino de trapacería que le enseñaran, allá en un lejano presidio, monipodios, rinconetes y cortadillos.

Calixto, mientras sigue la conquista sin engaños -por algo, es de la pícara gente -se disfraza de bandolero y, como tal, asalta a los horados facinerosos del pueblo, los obliga a entregarles los dineros mal habidos que distribuye en seguida entre los pobres de solemnidad de los muchos que discurren sin esperanza por las calles de Buenaventura.

Y - cosa de relatos picarescos- resulta que Calixto tiene sangre de azulada nobleza. Logra casarse con la Rosalía y se cree en la obligación de fundar, en medio de la comarca, con los trashumantes elementos del gitanerío, una población que quiso apellidar del Chaparral, en recuerdo de cosas que él se sabe y que no cree necesario decir.

Novela de vivacidad gitana, de claridad española. Sobria en el decir, incisiva en el señalar fealdades de conciencia.

Vincenzi demuestra con ella que es capaz de recorrer los innumerables senderos de la especie novelesca cosechando en todos ellos triunfos legítimos.